

## Elvia

Por Juan Diego Riaño

27/2/2024

Siempre que la veo siento mariposas en el estómago. Cuando admiro su cara color nieve en la fotografía no puedo creer la fortuna que tuve de conocerla y amarla. Sus lentes redondos, su pelo con tintura, su baja estatura, su intelecto, su empatía, su ternura y su honestidad eran, y todavía son, un elixir que contentan mi triste mente que no ha podido dejar de marchitar desde nuestra separación. Pero hoy todo eso va a cambiar. Tengo puesta la gabardina que use en la primera cita; los zapatos negros de cuero que me regalo en nuestro primer aniversario; la parpusa que me compre en el viaje a Madrid; el buso caqui que me compró dos años antes de nuestra desunión y el pantalón, el bendito pantalón que me compró con tanto amor, pero que traté como si fuera un pantalón cualquiera. Quiero llorar. Quiero volver con ella. Sin embargo, no es tiempo de lagrimar, la voy a visitar con la mejor presentación posible y no puedo permitir que mis arrugas estén humedecidas. Mientras que camino al lugar que llama hogar, cada vez siento menos su ausencia y es como si emanara una hora bendita que es cálida y no juzga. A pesar de eso, hay un sentimiento de tristeza en el aire. ¿Qué le voy a decir? Debo escoger mis palabras sabiamente, o voy a vivir tortuosamente recordándome que pude haber estado en paz con ella. Llegué. Miro el epitafio. La recuerdo. Le digo las cosas como hubiera querido que se las hubieran dicho. Francamente. “Te extraño, te amo, no sé si soporte otro día sin ti, Elvia. Mi amor.” Dejo los tulipanes en la lápida, me volteo y me quiero ir a casa. Me siento en paz, pero de repente, siento un dolor en el pecho y me desmayo. Me despierto y levanto. La veo enfrente mío sonriente. Me dice “Ven conmigo, vivamos acá arriba los dos; también te amo Alberto.